

Ciencia, exotismo y colonialismo en la Exposición Universal de París de 1878¹

Luis Ángel SÁNCHEZ GÓMEZ
Dpto. de Prehistoria y Etnología
Universidad Complutense.
langel@ghis.ucm.es

RESUMEN

La Exposición Universal de 1878 ha quedado parcialmente eclipsada en la historiografía debido al gran éxito de público alcanzado por otros certámenes celebrados en París antes y después de aquella fecha. Sin embargo, su trascendencia en muy distintos ámbitos fue realmente notable. En el presente artículo se hace un repaso general a sus contenidos y se estudian de forma más detallada tres contextos de especial relevancia: la “Calle de las Naciones”, la sección colonial y las exposiciones de arqueología y antropología.

Palabras clave: Exposición Universal de 1878. París. Exotismo. Colonialismo. Nacionalismo. Arqueología. Antropología.

Science, Exoticism and Colonialism at the Paris Exposition Universelle of 1878

ABSTRACT

The Exposition Universelle of 1878 has been partially eclipsed in the historiography due to the great public success reached by others exhibitions that took place in Paris before and after that year. However, the 1878 exposition was really important. We make in this article a general revision of the contents of this exposition and we study in a more detailed way three special and outstanding contexts: the “Street of the Nations”, the colonial section and the Archaeology and Anthropology expositions.

Key words: World’s Fair. Exposition Universelle. Paris. Exoticism. Colonialism. Nationalism. Archaeology. Anthropology.

Sumario: 1. Introducción. 2. Tecnología, arte y nacionalismo. 3. Una vuelta al mundo virtual. 4. La consolidación de dos nuevas disciplinas: antropología y arqueología prehistórica. 5. La exhibición de “arte retrospectivo” (arqueología). 6. La exposición antropológica.

1. Introducción

La exposición universal que tiene lugar en París en 1878 es el tercer certamen de estas singulares características que se organiza en la capital francesa durante el

¹ Estudio realizado en el ámbito del proyecto de investigación titulado “Imperios, pueblos y colonias en las exposiciones universales: una aproximación al caso español”, dirigido por el autor y financiado por el Ministerio de Ciencia y Tecnología (ref. BHA2003-02264).

siglo XIX, tras los de 1855 y 1867; después de 1878, y durante más de medio siglo, la obsesión gala por mostrar y demostrar al resto de las naciones que su capital continúa siendo el verdadero ombligo del mundo no decae, lo que les mueve a organizar nuevas exposiciones universales o internacionales en 1889, 1900, 1925, 1931 y 1937. Por supuesto, en tan prolongado periodo de tiempo se organizan otras muchas exposiciones especializadas en el auténtico paraíso ferial que fue Francia hasta la Segunda Guerra Mundial; algunas tuvieron carácter internacional, otras fueron coloniales de ámbito nacional y también las hubo simplemente de dimensión regional.

Quedémonos ahora con la de 1878. Es ésta quizás la exposición universal francesa que menos se ha valorado en el renovado contexto de los estudios culturales que se desarrollan a partir de los años 70 del siglo pasado, lo que fácilmente se comprueba si echamos un vistazo a la escasa bibliografía moderna que se ha preocupado por su estudio². Las causas de este desapego se pueden desentrañar sin demasiada dificultad. Desde pocos años después de su celebración, y sobre todo tras el éxito del certamen de 1889, se extendió la falsa idea de que fue la exposición aparentemente menos exitosa y, esto sí es cierto, una de las más ruinosas en términos económicos de todas las celebradas en Francia³, ya que tuvo un déficit de unos treinta millones de francos. Las restantes exposiciones parisinas decimonónicas, tanto las previas como las posteriores, eclipsan relativamente pronto al certamen de la joven república: la de 1855, por ser la primera y enfrentarse con éxito a la londinense de 1851; la de 1867, por su novedoso y espectacular, al tiempo que complicado, diseño y por inaugurar la aplaudida presencia de los pabellones nacionales; la de 1889, por su impresionante Galería de las Máquinas, la imponente Torre Eiffel y el “colorido” de su sección colonial; la de 1900, por su impactante despliegue tecnológico y arquitectónico, por el magnetismo de sus atracciones y, en último término, por sus colosales dimensiones.

Es muy probable que, en efecto, el certamen de 1878 resultara menos espectacular que otros para el público contemporáneo, sobre todo para quienes pudieron

² Además de los escuetos capítulos que sobre el certamen de 1878 se incluyen en las historias generales de las exposiciones universales, sólo conocemos unos breves estudios monográficos, entre los que destaca el publicado por Chandler en tres lugares diferentes, el último de los cuales, ampliado y revisado en 2000, está disponible en edición electrónica (CHANDLER, Arthur: “Heroism in Defeat: The Paris *Exposition Universelle* of 1878”, <http://charon.sfsu.edu/PARISEXPOSITIONS/878EXPO.html>). También se puede consultar en Internet parte de un estudio redactado, y aún no publicado a comienzos de 2006, sobre las exposiciones universales francesas celebradas entre 1855 y 1937, en el que se incluye un muy interesante capítulo sobre la exposición de 1878 (WEST, Michael J.: *Spectacular Ideology: The Parisian Expositions Universelles and the Formation of National Cultural Identity, 1855-1937*, <http://ml.hss.cmu.edu/courses/mjwest/Research.html>). Asimismo, disponemos de un folleto donde se estudian de forma sumaria las fuentes del Trocadero erigidas para la exposición y las obras de arte procedentes del certamen de 1878 que se conservan en el Museo de Orsay (PINGEOT, Anne: *Carnet de Parcours du Musée d'Orsay. 1878: La 1ère Exposition Universelle de la République*, París, Éditions de la Réunion des musées nationaux, 1988). Por último, dos breves y muy recientes estudios sobre la exposición de 1878 –en concreto sobre su organización y sobre el Palacio del Trocadero– aparecen publicados en BACHA, Myriam (dir.): *Les expositions universelles à Paris de 1855 à 1937*, París, Mairie de Paris, Action artistique de la Ville de Paris, 2005, pp. 94-103.

³ AIMONE, Linda; OLMO, Carlo: *Les Expositions universelles, 1851-1900*, Paris, Belin, 1993, p. 67.

conocer las dos exposiciones parisinas posteriores. También es cierto, como seguidamente comprobaremos, que las más interesantes novedades tecnológicas presentadas entonces habían sido exhibidas casi todas ellas en certámenes previos, tanto en Viena, en 1873, como en Filadelfia, en 1876, circunstancia que por otra parte resulta casi consustancial a este tipo de eventos. De todas formas, no parece que todos los críticos e historiadores hayan valorado adecuadamente aportaciones tan relevantes, y citamos sólo dos ejemplos, como el despliegue tecnológico y la consolidación de ideas y conocimientos previos vistos en el enorme Palacio de la Industria del Campo de Marte —de 706 por 340 metros—, o la relevancia arquitectónica, social y cultural de la gran sala de congresos del discutido Palacio del Trocadero, la mayor de la época, con capacidad nada menos que para cuatro mil quinientos espectadores y mil quinientos músicos⁴. Y es precisamente aquí, en dicha sala y en otros espacios de dicho palacio, donde se desarrollan algunas de las actividades de mayor interés y trascendencia de la exposición. Nos referimos a un buen número de reuniones científicas y de exposiciones especializadas, algunas de las cuales desempeñan un relevante papel en el proceso de consolidación de determinadas disciplinas académicas durante aquel último tercio del siglo XIX. Y no debemos olvidar, además, que la exposición fue visitada por más de dieciséis millones de personas⁵, cifra en modo alguno desdeñable. Pero si en algo tuvo éxito el certamen fue, como apunta con acierto West⁶, en la expansión de la ideología y de los valores republicanos que tanto han aportado y aportan a la nación francesa y a sus ciudadanos desde la caída del Imperio, aunque lo indicado no es obstáculo para reconocer que el ambiente socio-político que se respira en Francia en 1878 está cargado aún de cierto autoritarismo, herencia inmediata de los conflictos vividos a comienzos de la década⁷.

2. Tecnología, arte y nacionalismo

La historiografía sobre los certámenes universales o internacionales es recurrente al señalar las especialísimas circunstancias socio-políticas que concurren en la exposición de 1878 y, aunque es cierto que algo similar sucede en muchas otras celebraciones, debemos reconocer que en aquella ocasión los acontecimientos de referencia son especialmente graves y significativos. No se desea conmemorar entonces ningún evento histórico, como ocurre en Filadelfia en 1876 con el centenario de la declaración de independencia norteamericana, o en 1889, en París, cuando se celebra otro sonado aniversario, en este caso el de la Revolución Francesa; el objetivo primero y último que busca la Tercera República en el 78 es, nada más y

⁴ Esas son las cifras más citadas. No obstante, otras fuentes elevan el número de espectadores hasta los siete mil.

⁵ FINDLING, John E. (ed.): *Historical dictionary of world's fairs and expositions, 1851-1988*, Nueva York, Greenwood Press, 1990, p. 376.

⁶ Op. cit., cap. 3.

⁷ GREENHALGH, Paul: "Education, entertainment and politics: lessons from the Great International Exhibitions", en VERGO, Peter (ed.): *The new museology*, Londres, Reaktion Books, 1989, pp. 4-98, véase p. 89.

nada menos, que la recuperación del estatus de que hasta entonces había hecho gala Francia como gran potencia europea y mundial, posición casi perdida *de facto* tras los catastróficos acontecimientos vividos por el país en la guerra franco-prusiana y, más aún, por la propia capital en el dramático episodio de la Comuna.

Pese al marchamo republicano de la muestra, los políticos y administradores apuestan por una más que notable continuidad organizativa con respecto al pasado, nombrándose comisario general a Jean-Baptiste Krantz, que había sido ayudante de Frédéric Le Play, el comisario general de las exposiciones parisinas de 1855 y 1867. Pero una cosa es la gestión y otra el modelo ideológico que se articula. En este sentido, resulta evidente que el entramado científico-ideológico diseñado por Le Play para la exposición de 1867, pese a su compleja y no del todo exitosa plasmación práctica, se desarrolla en un nivel analítico y representativo muy superior al articulado por Krantz en 1878. A lo anotado podemos añadir, de acuerdo con Greenhalgh⁸, que el idealismo y el paternalismo saint-simonianos que orientan la exposición de 1867 apenas si asoman en 1878: entonces, los intereses están mucho más claramente vinculados con la recuperación de un estatus perdido en el ámbito geoestratégico internacional, como ya hemos apuntado, que con proyectos político-humanitarios de alcance mundial.

A pesar de los enormes dispendios económicos sufridos en los años inmediatamente anteriores y de los cinco mil millones de francos que se había comprometido a abonar el estado francés como indemnización de guerra a Prusia, la administración gala no escatima gastos para la exposición, que pretende y logra superar con creces, en todos los ámbitos, a las exhibiciones previas, tanto nacionales como extranjeras. No olvidemos, además, que la de 1878 es la primera exposición de la Tercera República, circunstancia que obliga a la administración republicana a superar todo lo hecho anteriormente por la monarquía, muy en especial a la gran exhibición de 1867. No obstante, el entusiasmo republicano que conduce a la celebración del certamen no fue general. Hubo quien no consideraba oportuna una convocatoria tan temprana, tan cercana a los desastres pocos años atrás vividos. Como el plazo de ejecución fue sólo de dos años —el decreto sobre su organización se publicó el 4 de abril de 1876—, se habló de que los invitados contemplarían aún las ruinas urbanas producidas tras la represión de la Comuna, de que Francia debería exhibirse mutilada tras la pérdida de Alsacia y Lorena, e incluso se comentó que las monarquías europeas podrían rechazar la invitación de la joven república francesa, algo que efectivamente ocurrió con algunos países⁹. Tampoco faltaron voces, dentro y fuera de Francia, que advertían sobre la inestabilidad del gobierno, sobre la probabilidad de que se produjeran alteraciones del orden y sobre la inseguridad de expositores y materiales expuestos. Por supuesto, la prensa católica y monárquica atacó de forma feroz a la exposición, a sus organizadores y, por extensión, al

⁸ GREENHALGH, Paul: *Ephemeral vistas. The expositions universelles, great exhibitions and world's fairs, 1851-1939*, Manchester, Manchester University Press, 1988, p. 35.

⁹ Alemania tampoco participó en la exposición, aunque sí hubo presencia alemana, no competitiva ni oficial, en la sección de bellas artes y en algunos grupos de otras secciones.

nuevo modelo de Estado. Pero, como apunta West¹⁰, la administración republicana sólo veía beneficios en el proyecto: desde la renovación y el nuevo impulso que habría de darse a la industrialización y a la expansión de las infraestructuras de transporte, especialmente en el área parisina, hasta el empleo de miles de trabajadores durante varios años, con el no menos relevante y deseable final de casi otro año más de distracción para muchos miles de familias francesas, sobre todo de los habitantes de París, que aún arrastraban los dramas vividos sólo unos años atrás.

Superando las dificultades que amenazan hasta el último momento su inauguración, y por encima del casi general olvido a que ha sido sometida, la exposición de 1878 revela al mundo un verdadero torrente —y la expresión es en buena media literal— de innovaciones tecnológicas y de recursos socioculturales. Como ocurre con casi todas las exposiciones universales, y muy especialmente con las del siglo XIX, el certamen del 78 se erige para los contemporáneos en la más acabada muestra de la interminable e inevitable senda de progreso que conduce a la humanidad hacia cada vez mayores niveles de bienestar. El español Gumersindo Vicuña¹¹, testigo del certamen, lo sintetiza de forma acertada: “Una Exposición universal es el resumen de nuestra época, más dada a lo útil que a lo ideal, pagada especialmente de todo lo que afecta a mejorar las condiciones de la vida, ya en la parte material ya en la moral”.

Llaman muy especialmente la atención del público contemporáneo, y más aún de los técnicos, el despliegue de tecnología hidráulica diseñado por Davioud y la deslumbrante, y de nuevo es algo literal, iluminación eléctrica ideada por el incansable y ya mundialmente conocido Thomas Alva Edison. No causa menos impresión el famoso “globo cautivo” de Henri Giffard, que hace posible disfrutar de una escalofriante vista aérea de la exposición a medio centenar de personas en cada “despegue”; casi marean los elevadores que ascienden a través de las dos altas torres del Palacio del Trocadero y poco menos que atemoriza el inmenso martillo pilón a vapor de Creusot. Menos impactantes pero igualmente destacadas son las enormes y complejas máquinas exhibidas en el Palacio de la Industria, y aún menos espectaculares aparentan ser ciertos pequeños artefactos mecánicos exhibidos sobre todo por creadores norteamericanos, de nuevo con Edison al frente, algunos de los cuales habían sido ya ciertamente mostrados con anterioridad, pero que continúan pareciendo para muchos de los visitantes poco más que curiosos artilugios ideados por y para diletantes. Y es que no todos los espectadores valoran en ese momento su verdadera trascendencia; de hecho, muchos de aquellos artefactos tardarán aún años en comenzar su después imparable expansión comercial y social. Nos referimos a inventos como la máquina de escribir, las de coser y lavar domésticas, el frigorífico, el neumático de caucho, el motor de cuatro tiempos y, sobre todo, el megá-

¹⁰ Op. cit., cap. 3.

¹¹ VICUÑA, Gumersindo: *Impresiones y juicio de la Exposición Universal de 1878*, Madrid, Imprenta y litografía de La Guirnalda, 1878, p. 1. Vicuña era ingeniero industrial, doctor en Ciencias, catedrático de la Universidad Central y diputado a Cortes. Su crónica de la exposición se centra de forma preferente en las cuestiones científicas y tecnológicas.

fono, el micrófono y el primer fonógrafo, los tres artilugios fruto del ingenio de Edison. Pese a todo, Aimone y Olmo¹² señalan que esta exposición, sobre todo su vertiente técnica, es un buen ejemplo de readaptación y perfeccionamiento de los adelantos previos, un ejemplo evidente de que el concepto de progreso no puede ni debe vincularse con la idea de una desbocada revolución de las técnicas, sino con la de un avance paulatino e inexorable que siempre se apoya sobre las aportaciones del más inmediato pasado.

En el ámbito artístico, clave en todas las exposiciones universales francesas, hubo muchas controversias y problemas de censura por cuestiones políticas e ideológicas; la medida más discutida fue la prohibición de exhibir cuadros con escenas referidas a la reciente guerra franco-prusiana; además, tampoco tuvo cabida en los salones oficiales la rupturista obra pictórica de los pintores impresionistas, que finalmente se negaron a participar en un certamen organizado y controlado por un academicismo oficial que les daba la espalda. Por lo demás, las numerosísimas pinturas vistas fueron en su mayoría de muy escasa calidad: se habló de envejecimiento de la pintura francesa, de falta de ideas; para algunos pocos críticos el porvenir estaba precisamente en los entonces “jóvenes impresionistas” excluidos del certamen¹³. Por todo ello, tuvo mucho más interés la parcela escultórica de la muestra, y en este ámbito lo más llamativo fue sin duda la visión, y la visita interior, de la colosal cabeza de la estatua de “La Libertad iluminando al mundo” que construía A. Bartholdi, sobre una estructura metálica interna diseñada por G. Eiffel, que se presentaba en los jardines del Campo de Marte. Por supuesto, en este caso el arte no era el principal referente a destacar. Lo importante, y sobre lo que se hizo especial hincapié desde el campo republicano, fue el hecho de que esa colosal estatua se construía con la aportación económica conjunta de Francia y los Estados Unidos, país este último que se convirtió en el principal referente político-social de la joven república francesa.

No menos imponente que la estatua de Bartholdi, aunque sí mucho más discutido y criticado, fue el enorme y ecléctico edificio construido en la otra orilla del Sena, verdadero reclamo visual de la exposición y sensacional ejemplo de hasta dónde podía llegar la ingeniería gala: el costosísimo Palacio del Trocadero, diseñado por el arquitecto Gabriel Davioud y el ingeniero Jules-Désiré Bourdais. Muchos comentaristas contemporáneos lo calificaron de auténtico pastiche, pero lo cierto es que con esta construcción sus creadores habían demostrado empíricamente que la ingeniería francesa podía superar cualquier estructura o monumento del pasado, cualquiera que fuera su condición¹⁴. Así, las dimensiones del edificio —que sería demolido años después para dejar paso al Palacio Chaillot en la exposición de 1937— superaban a las del famoso Albert Hall británico, su cúpula era siete metros más alta que la de la basílica de San Pedro e incluso sus torres eran casi catorce

¹² Op. cit., p. 161.

¹³ VV.AA.: *Le livre des expositions universelles, 1851-1989*, París, Union Centrale des Arts Décoratifs, 1983, pp. 75-76.

¹⁴ CHANDLER, *op. cit.*, cap. 3.

metros más elevadas que las de la propia catedral parisina de Notre Dame. No debe considerarse banal esta última anotación, ya que la primera exposición de la República fue, entre otras muchas cosas, una auténtica exposición laica¹⁵. Al margen de la estética del palacio y de las “marcas” y retos que logra superar, lo cierto es que en sus inmensos salones de conferencias se organizan durante el certamen numerosísimas y variadas actividades sociales, artísticas y culturales, desde conciertos a todo tipo de exposiciones, y la enorme cifra de treinta y dos congresos internacionales y casi medio centenar de actividades complementarias, sobre temas tan diversos como alpinismo, agricultura, los derechos de la mujer, medicina e higiene, instituciones de previsión, arquitectura, propiedad intelectual, expansión del sistema Braille, comercio e industria, antropología, etnografía, arqueología, meteorología, geología, etc.

3. Una vuelta al mundo virtual

Aunque hemos citado ya algunas actividades y atracciones de la feria, es necesario destacar la creación en su seno de un singular evento que sin duda es —junto con la villa argelina levantada en los jardines del Trocadero— el que mayor éxito de público cosecha de entre todos los organizados en el marco de la exposición de 1878. Nos referimos a la famosísima *Rue des Nations*, la “Calle de las Naciones”, instalada al aire libre pero en el interior del Palacio de la Industria, que no era sino una rectilínea avenida de más de 600 metros de longitud a la que se asomaban las fachadas construidas por cada país participante —aunque había algunas fachadas compartidas—, que daban entrada a sus respectivos pabellones expositivos, modelo ideado por Georges Berger, comisario responsable de las secciones extranjeras¹⁶. Por supuesto, la diversidad, el exotismo y la mezcolanza de estilos eran asombrosos e impactantes, ya que la distribución de los países se había realizado de forma totalmente aleatoria¹⁷. Ése era precisamente el objetivo: que el visitante se sintiera algo así como una especie de “turista global”, que se creyera capacitado para recorrer el mundo, un mundo selecto y virtual, en unas pocas horas y en un marco físico limitado y perfectamente controlado. Pese al éxito de este recurso expositivo en 1878, la presencia de pabellones nacionales construidos de acuerdo con los criterios estilísticos de sus propios responsables no es algo que se vea por vez primera en este certamen. Es en la exposición parisina de 1867 cuando se inaugura ese modelo

¹⁵ CHANDLER, *op. cit.*, cap. 3.

¹⁶ Los países, o grupos de países, que construyen su fachada nacional son los siguientes: Reino Unido, Bélgica, Austria-Hungría, Rusia, Italia, Estados Unidos, Suiza, España, Suecia-Noruega, Países Bajos, América central y meridional, China, Japón, Portugal, Dinamarca, Persia-Siam-Marruecos-Túnez, Luxemburgo-San Marino-Mónaco-Andorra y Grecia. Se han ordenado, de mayor a menor, de acuerdo con la extensión de los respectivos pabellones. El número total de países, “regiones” o “territorios” participantes se eleva a 53, algunos con denominaciones extrañas o inespecíficas.

¹⁷ El disparatado eclecticismo del modelo arquitectónico ferial de la calle de las naciones alcanza su cénit en los pabellones levantados conjuntamente por países de escaso poder económico.

ferial, que rompe las barreras de la exhibición formal de espacio único compartido y abre la espita de forma decidida al empleo de dos de los recursos expositivos más exitosos y recurrentes de las futuras ferias mundiales: el nacionalismo arquitectónico reflejado a través de esos pabellones nacionales y la representación exotista de gentes, territorios y países en una especie de parque-ciudad mundial de carácter virtual, aunque sobre esta última cuestión deberemos hacer algunas matizaciones. Como señala Canogar¹⁸, los organizadores habían optado por la estricta alineación de la calle de las naciones para evitar el ambiente “excesivamente” ferial del jardín internacional de 1867, cambio que no fue del agrado de muchos expositores y críticos. Ésta es la opinión, por ejemplo, del comisario delegado español, J. E. de Santos, quien afirma que “bajo el punto de vista pintoresco [...], hay que confesar que ha sido mucho menos agradable la [exposición] de 1878” que la de once años antes¹⁹. Pero lo cierto es que el carácter ecléctico y efectista de la *Rue des Nations* la convirtió finalmente en uno de los más atractivos y populares reclamos del certamen. Fue un auténtico triunfo de la representación sobre la construcción, de la fachada sobre el edificio, del icono sobre la esencia, del espectáculo sobre la reflexión científica. Otros modelos de representación urbanística e identitaria nacionales, en este caso no rectilíneos, se levantaron en posteriores exposiciones —sobre todo francesas, belgas e italianas—, aunque en la mayor parte de los casos lo que se hizo fue recrear “villas históricas” o reproducir viviendas más o menos típicas o tradicionales de los países organizadores. Uno de los últimos ejemplos, y de los poquísimos conservados, es el del Pueblo Español de la Exposición Internacional de Barcelona de 1929. Sólo en una ocasión más, en la fastuosa y mastodóntica exposición parisina de 1900, se repite el modelo internacional lineal de la *Rue des Nations* de 1878.

Hemos anotado que el diseño de la “Calle de las Naciones” de 1878 es ciertamente menos “realista” que el de 1867, pues en este último se levantan pabellones e incluso conjuntos arquitectónicos que anticipan el modelo de museo etnográfico al aire libre que adquiere tan singular y notorio desarrollo ya en la segunda mitad del siglo XIX en los países escandinavos. Sin embargo, también en 1878 se recurre de forma parcial al esquema de once años antes, ya que los organizadores disponen los amplios jardines que se sitúan entre las dos grandes alas porticadas, de simbología claramente “protectora”, del palacio del Trocadero para que aquellos países y compañías que lo deseen amplíen sus instalaciones levantando nuevos edificios, casi todos con servicios anexos de carácter lúdico, sobre todo bazares y restaurantes. Aceptan la invitación Japón, Suecia, China, Siam, Persia, Marruecos y Egipto. Este parque acoge además varios restaurantes, un acuario y, lo más destacado, varios pabellones y “villas” de colonias francesas. El conjunto más sobresaliente y exitoso es el argelino, cuyo pabellón —sobre el que destaca una gran torre a modo de minarete— cuenta con varios cafés y bazares “morunos”. Allí, hombres y muje-

¹⁸ CANOGAR, Daniel: *Ciudades efímeras. Exposiciones Universales: Espectáculo y Tecnología*, Madrid, Julio Ollero Editor, p. 44.

¹⁹ SANTOS, José Emilio de: *España en la Exposición Universal celebrada en París en 1878. Tomo II. Memoria*, Madrid, Imp. de M. Tello, p. 24.

res llegados —quizás sería mejor decir traídos— desde Argelia y vestidos con atuendos tradicionales desarrollan actividades artesanales y venden directamente al público productos coloniales. Aunque en 1878 no se exhibe propiamente a estos nativos, como se hará ya sin tapujos en las exposiciones posteriores, algún comentarista de prensa contemporáneo no puede dejar de hacer, parece que sin ánimo de crítica, la siguiente observación:

Cette tente [se levantó una tienda de campaña, una jaima] abrite des Arabes envoyés par le gouverneur general, so disant pour former la garde du pavillon algérien, mais en réalité comme spécimens de cette race industrielle et guerrière des Kabyles, descendants de Numides de Jugurtha et des anciens Maures venus d'Orient²⁰.

En todo caso, es evidente que la mera presencia de estos personajes y el tipo de actividades desarrolladas no sólo reflejan con meridiana claridad el poder expansivo de la metrópoli francesa, sino que prueban científicamente la distancia que la separa de todas estas tierras y gentes “atrasadas”²¹.

Algunos autores se refieren a la existencia en el certamen de 1878 de una “Calle del Cairo”, sin especificar si se encontraba en el pabellón egipcio o en el colonial argelino. En realidad, la *Rue du Cairo* es una creación bastante sofisticada de la exposición de 1889. Lo que sí nos encontramos en la exposición de 1878 es con lo que algunos textos denominan “Casa del Cairo”, que no es sino el conjunto de edificios que acogen el pabellón de Egipto en los jardines del Trocadero. Allí se presentan productos agrícolas y se exhiben, entre otros objetos, dos grandes cuadros sobre “los horrores de la trata de negros”²² y planos del Canal de Suez que exhibe la sociedad que lo gestiona²³. En 1878, por tanto, no se alcanza todavía la sofisticación colonial y exotista que caracteriza a los certámenes franceses inmediatamente posteriores. Únicamente aparecen, y ya resulta bien significativo, los citados comercios y talleres artesanales, más o menos tradicionales, de la villa argelina, del pabellón egipcio y, también, de los pabellones de Túnez y de Marruecos, el primero con café, músicos y “un Bazar con sus moros de ambos sexos y sus tiendas llenas de cachivaches”, todo ellos con “mucho color local”, y el segundo con otro bazar que “tiene numerosos vendedores genuinamente africanos”²⁴. En todo caso, hay que recordar que, de entre los citados, el único pabellón estrictamente colonial es el arge-

²⁰ VV.AA., *op. cit.*, p. 69.

²¹ ÇELIK, Zeynep; KINNEY, Leila: “Ethnography and Exhibitionism at the Expositions Universelles”. *Assemblage: A Critical Journal of Architecture and Design Culture*, 13 (1990), pp. 34-59, cit. en p. 39.

²² Estos cuadros fueron presentados nada menos que por la “Asociación Africana Internacional”, creada en 1876 y presidida por Leopoldo II de Bélgica, que tenía como presuntos objetivos la “civilización” de África y la lucha contra la esclavitud. Muy poco después, y durante años, el mismo Leopoldo II daría buena prueba de sus “filantrópicos” proyectos a través de las prácticas esquiladoras y genocidas desarrolladas en su Estado Independiente del Congo (véase HOCHSCHILD, Adam: *El fantasma del rey Leopoldo. Codicia, terror y heroísmo en el África colonial*, Barcelona, Península, 2002).

²³ FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, Ángel: *La Exposición Universal de 1878. Guía-itinerario para los que la visiten. Descripción razonada para los que no hayan de verla. Recuerdo para los que la hayan visto*, Madrid, English y Gras, Editores [1878], p. 48.

²⁴ FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, Ángel, *op. cit.*, pp. 50-51.

lino; los restantes tienen una fuerte carga de exotismo, pero son presentados por estados y gobiernos independientes, aunque algunos, como Túnez o Egipto, se encuentren severamente presionados por potencias occidentales. Parece que en algunos de estos pabellones norteafricanos se representan dramatizaciones de acontecimientos tradicionales, algunos *tableaux vivants*, introduciéndose por vez primera en París la a partir de entonces famosa “danza del vientre”, escenas que se multiplican hasta límites estratosféricos en las posteriores exposiciones.

Greenghalgh²⁵ señala que la de 1878 es la primera exposición universal que acoge de forma decidida, aunque aún no demasiado intensa, algo parecido a una “sección colonial” y también apunta que este proyecto colonial de Francia estaría vinculado en buena medida con el propósito de hacer olvidar a sus conciudadanos las pérdidas territoriales sufridas en su propio espacio nacional, esto es, las de Alsacia y Lorena tras la guerra franco-prusiana. No obstante, es necesario perfilar mucho el proyecto exhibidor que se despliega en 1878, pues aún no está perfectamente definido el modelo racial de la “villa indígena” que tanto éxito tendrá en posteriores exposiciones universales europeas y norteamericanas.

En primer lugar, conviene aclarar una cuestión interesante. La aparente dicotomía que se observa en la exposición de 1878 entre la “Calle de las Naciones” y los pabellones de los jardines del Trocadero, entre optar por un proyecto pretendidamente “educativo” o apostar decididamente por una oferta de entretenimiento meramente lúdica, ha sido una de las razones anotadas para explicar el fracaso económico del certamen, ya que con ello se habría articulado un modelo que algunos han considerado excluyente para las clases medias y medias-bajas, que se habrían sentido expulsadas de la celebración. Éste habría sido un “error” del que presuntamente tomaron buena nota los comisarios de las posteriores exposiciones francesas, en las que se opta decididamente por una orientación populista de los eventos²⁶. Un análisis como el planteado, que no acabamos de asumir, choca en buena medida con el tópico aceptado de forma generalizada por quienes estudian las exposiciones universales, que establece un modelo dicotómico enfrentado entre los diseños de las exposiciones internacionales británicas y las exposiciones universales francesas. El primero habría optado básicamente por separar educación y diversión, mientras que el segundo habría apostado siempre por combinar ambos²⁷. En líneas generales, esta afirmación es correcta; no obstante, la de 1878 es ciertamente la exposición francesa que menos apuesta por esa combinación. Por otra parte, no debemos olvidar que las exposiciones francesas dan cabida en efecto a la diversión y la educación, pero que progresivamente inciden cada vez más en la faceta lúdica. Sin embargo, en todas las exposiciones se diferencian con notable intensidad los espacios “serios”, tecnológicos o de otra índole, en los que despliegan sus galas las naciones “civilizadas”, de los territorios en los que se exhiben los “otros pueblos”, sobre todo las colonias.

²⁵ Op. cit., 1988, p. 65.

²⁶ WEST, *op. cit.*, cap. 3.

²⁷ Un análisis comparativo de los modelos de exhibición británico y francés se puede ver en GREENHALGH, *op. cit.* (1989).

No obstante, si bien esa demarcación está ya muy claramente definida en la exposición de 1867, también es cierto que entonces, y en la mayoría de las exposiciones posteriores, las distintas áreas lúdicas muestran tanto estructuras y contextos exótico-coloniales como exótico-folklóricos europeos, aunque su despliegue se hace de forma claramente diferenciada. Esto último es precisamente lo que ocurre en 1878 con los jardines del Trocadero, que es la zona lúdico-exótico-colonial, mientras que la Calle de las Naciones tiene un marcado carácter lúdico-educativo-folklórico.

El modelo polarizado que acabamos de proponer tiene sentido incluso a pesar de que en 1878 no se exhibe aún a “nativos”, “indígenas” o “salvajes”. Y es que los pabellones de los jardines del Trocadero son aún un simple germen de lo que en exposiciones muy poco posteriores serán las “villas indígenas”. Pasear por aquellos jardines en 1878 es acercarse aún con relativa timidez, pero siempre con un marcado aire de superioridad, a un cierto exotismo oriental, que se vincula tanto con los todavía no bien conocidos territorios coloniales o pseudocoloniales del lejano oriente, como con los más “familiares” de Oriente Próximo y norte de África. Es evidente que en ese parque del Trocadero existe una división clara y tajante entre visitantes y visitados; allí, los occidentales acuden a ver y a disfrutar; por contra, quienes trabajan o desarrollan cualquier tipo de actividad en esos pabellones son en principio meros receptores de ese presunto interés, no pueden participar en realidad del intercambio cultural que supuestamente tiene lugar en aquel entorno. En la Calle de las Naciones, sin embargo, existe un relativo equilibrio entre todos los países participantes. Ésta es precisamente una de las claves: participan naciones o estados, desde las grandes potencias mundiales a diminutos países europeos o empobrecidas naciones de América. Todos se exhiben, es cierto, pero también participan de la exhibición de los demás; todos ven y son vistos. Aquí no existe, en teoría, el temor a ser contemplados como monos enjaulados: en realidad, todos lo están en cierta medida, pero también es verdad que pueden salir de sus jaulas y visitar a los inquilinos de las restantes instalaciones, opción que era muy poco probable que pudiera haber sido puesta en práctica en los pabellones del jardín del Trocadero y que se tornará ya ontológicamente imposible de ser realizada en las “villas indígenas” de las posteriores exposiciones universales. J. E. de Santos nos ofrece una colorista y un tanto retórica descripción de esta famosa calle que merece la pena reproducir, ya que en sus palabras se puede percibir esa atmósfera de aparente internacionalismo igualitario que hemos mencionado:

El paseo más concurrido era en esa calle; las citas allí se daban; las gentes allí aflúan; la humanidad, en fin, hacía su visita al mundo, porque allí se oían todas las lenguas, se veían todos los trajes y todos los colores, se aspiraban todos los aromas y se mezclaba todo lo raro, todo lo bello, todo lo más separado y equidistante entre sí. Allí la zona tórrida vivía bien en la atmósfera de las regiones polares, y los antípodas se juntaban, y los que nunca creyeron que jamás se verían se volvían a ver y se acercaban, respirando el mismo ambiente; y el mundo, en fin, germinaba, brotaba, florecía y fructificaba, porque los céfiros se besaban, se entrelazaban y se confundían, y de esta confusión salían la armonía y la unión²⁸.

²⁸ SANTOS, *op. cit.*, pp. 60-61.

En realidad, lo único que hace la Calle de las Naciones es concentrar en grado superlativo la esencia plural y variopinta del propio concepto de exposición universal. Se nos muestra por ello como un territorio articulado de forma material y simbólica únicamente para Occidente y los occidentales, aunque también para aquellas tierras y aquellas gentes que aún siendo consideradas exóticas gozan de una efectiva o aparente independencia y que pretenden acercarse y dejarse seducir por la “civilización occidental”.

4. La consolidación de dos nuevas disciplinas: antropología y arqueología prehistórica

El escaso interés prestado por la historiografía a la exposición de 1878 afecta de forma muy especial a los contenidos científico-académicos del certamen. Los textos suelen mencionar la celebración de congresos y exposiciones científicas, pero no estudian ninguno. En las páginas que siguen vamos a adentrarnos precisamente en dos de las principales empresas científicas desarrolladas durante la exposición. En concreto, analizaremos con cierto detalle las exposiciones que allí se celebraron sobre las casi recién estrenadas disciplinas de la antropología y la arqueología prehistórica.

Siempre que se escribe sobre exposiciones universales se anota su condición de escaparate de la modernidad, de una modernidad occidental, capitalista e industrial que parece no tener límites en su capacidad de innovación y progreso tecnológico. En ese contexto, puede resultar contradictorio que los organizadores de algunos de estos eventos dediquen tiempo, espacio y recursos a la exhibición de aquello que seguramente habría de ser considerado la antítesis tanto de la materia como del espíritu expositivo modernos. Los toscos útiles en piedra descubiertos, estudiados y mimados por arqueólogos y prehistoriadores, los poco atractivos restos fosilizados de los supuestos antepasados —más o menos “bestiales”— del ser humano o los cráneos y osamentas de hombres contemporáneos —algunos de ellos criminales ajusticiados— no parecen a primera vista un reclamo seductor en medio de unas ferias ebrias de tecnología, progreso y, por supuesto, diversión. Sin embargo, si analizamos con algún detalle tales eventos, de cualquier época, comprobamos rápidamente que no existe tal contradicción, aunque sí es cierto que en cada momento histórico varían tanto las circunstancias como los contenidos de estas exhibiciones especializadas.

Desde la primera muestra, la londinense de 1851, en prácticamente todas las exposiciones decimonónicas se reservan parcelas para exhibiciones histórico-arqueológicas, al principio más históricas que arqueológicas. No obstante, la verdadera aparición pública de la arqueología prehistórica en el contexto de las exposiciones universales tiene lugar en París, en 1867, en el seno de la famosa exhibición sobre la “Historia del trabajo”²⁹. Allí, la arqueología prehistórica obtie-

²⁹ MÜLLER-SCHEESEL, Nils: “Fair Prehistory: archaeological exhibits at French *Expositions Universelles*”, *Antiquity*, 288 (2001), pp. 391-401. Además de en este artículo, se encuentra alguna información sobre la presencia de la arqueología en la exposición de 1867 en DANIEL, Glyn: *Un siglo y medio de arqueología*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987 [1950], pp. 111-112.

ne quizás por vez primera un cierto reconocimiento social, logrado a pesar de que muchos de los países participantes presentan mayoritariamente piezas de arqueología protohistórica e incluso medieval y moderna, y a pesar de que algunos objetos exhibidos tienen mayor valor artístico que estrictamente arqueológico, y superando incluso que en determinados contextos, tanto públicos como pretendidamente académicos, se extienden burlas y ataques a la práctica de aquellos primeros arqueólogos. Como anotó Mortillet³⁰, aquel despliegue hizo posible la presentación de pruebas irrefutables sobre la aún no aceptada antigüedad de la humanidad y sobre la inevitabilidad del progreso humano, un progreso y una evolución tanto material como moral que precisamente alcanzaban su cenit en la propia exposición universal que entonces se celebraba.

El éxito de 1867 hace que los responsables del certamen de 1878 echen mano nuevamente de la arqueología prehistórica y —ahora también y por vez primera— de la antropología para dar lustre científico al evento y, por supuesto, para atraer a un público que en aquellos años siente bullir a su alrededor cuestiones tan candentes, y hasta seductoras, como los debates sobre la antigüedad y el origen del hombre, el parentesco entre el hombre y el “mono”, la condición de los pueblos “salvajes”, la antropología criminal lombrosiana, las controversias entre progreso y degeneración, entre ciencia y religión, etc., etc. Además, los más destacados países participantes —y muy por delante de ellos Francia, como nación organizadora— comprenden rápidamente que la exhibición de objetos y materiales de carácter etnográfico, antropológico y arqueológico ofrece, por contraposición con el estado presente de cada estado, cumplido ejemplo de los avances logrados por las “naciones modernas” desde los presuntos inicios de la civilización y aún más allá. Por último, e íntimamente vinculado con lo que acabamos de anotar, tampoco podemos olvidarnos de que los intereses nacionalistas de los diferentes estados europeos —y de alguna nación sin estado— utilizan, y lo hacen ya de forma intensa por aquellos años, la arqueología prehistórica para argumentar y defender la antigüedad de pueblos, naciones o estados y para dar a conocer al resto del mundo las presuntas “glorias nacionales” de un pasado más o menos remoto o inmediato. Es evidente que el ambiente científico que se respira en 1878 asume con escasa oposición que la evolución material y espiritual del género humano es una realidad demostrable e indiscutible, al tiempo que el entorno sociopolítico aparece dominado por la firme creencia en la práctica infinitud del progreso tecnológico de la sociedad occidental. El crítico liberal Ángel Fernández de los Ríos³¹ resume con acierto la euforia evolucionista y el fervor por el progreso que se hace patente tanto en el ambiente científico como en la orientación global de la exposición:

Las galerías del arte retrospectivo son algo más que una de las curiosidades de la Exposición Universal; representan hasta cierto punto su filosofía: aquellas salas exhiben los objetos balbucientes y confusos de la civilización, que se afirma y se ostenta en las galerías del Campo de Marte, tan llenas de maravillas: aquí está el punto de partida, el hacha de piedra; allá el punto de llegada, la máquina moderna [...].

³⁰ MÜLLER-SCHEESEL, *op. cit.*, pp. 392-393.

³¹ *Op. cit.*, p. 31.

Sin embargo, en esos momentos de muy escasa especialización disciplinar resulta aún complicado el diseño de modelos que permitan articular con la adecuada base científica, y claridad expositiva, esas mismas nociones de evolución y progreso a través de la arqueología y la antropología. Quizás sea ésta la razón que explique la circunstancia de que, finalmente, la exposición de 1878 presente dos exhibiciones diferentes sobre este contexto etnográfico-arqueológico-antropológico que estudiamos; exhibiciones que no sólo fueron distintas y estuvieron claramente diferenciadas, sino que resultaron decididamente divergentes, tanto en su presentación como, lo que resulta mucho más importante, en su diseño científico e, incluso, ideológico. Las dos exhibiciones mencionadas fueron bautizadas como de “arte retrospectivo” y “ciencias antropológicas”, respectivamente.

5. La exhibición de “arte retrospectivo” (arqueología)

La exhibición o sección de arte antiguo o retrospectivo puede ser considerada como un acabado ejemplo de las dificultades que todavía durante el último tercio del siglo XIX tiene un amplio sector de la arqueología, esencialmente la que hoy calificaríamos como protohistórica, para desvincularse del anticuarismo dieciochesco y de la simple historia del arte. Pero el problema no afecta solo a esa prehistoria más reciente. Es significativo el hecho de que aunque esta sección recoge, en su primer apartado, materiales arqueológicos de época neolítica y paleolítica, su presentación se hace, como veremos, bajo el título de “arte primitivo”, lo que sin duda hubo de resultar chocante o, sencillamente, descabellado, para la mayoría de los prehistoriadores y antropólogos que estudiaban esas mismas épocas y trabajaban con idénticos materiales, que precisamente exponían en su propia sección de ciencias antropológicas.

La mera relación de los contenidos de las diez secciones oficiales de esta exhibición de arte antiguo o retrospectivo —nunca se utiliza el término arqueología— dice mucho sobre los problemas anotados. Son los siguientes: arte primitivo y antigüedades nacionales; escultura antigua, de la Edad Media, del Renacimiento y gléptica; numismática, medallas y sigilografía; cerámica y esmaltes; manuscritos, incunables, dibujos y encuadernaciones; armas y armaduras; joyería religiosa, marfiles, cristales y alhajas; muebles, telas y tapicería; “etnografía de los pueblos extraños a Europa” y, por último, instrumentos antiguos de música. El ámbito cronológico habría de extenderse desde la más remota antigüedad hasta el año 1800. De la relación de secciones se concluye que la exposición pretende ofrecer en realidad un recorrido internacional por las artes aplicadas y decorativas, con los añadidos de la escultura antigua, de ese “arte primitivo” más o menos arqueológico y de la incoherente sección de etnografía exótica y colonial; todo ello, con un fuerte componente de exaltación nacionalista que algunos países no son capaces aún de procesar adecuadamente durante aquellos años. En realidad, el decreto oficial que anuncia la celebración de esta exhibición en el seno del certamen universal se refiere a ella como “exposición histórica del arte antiguo de todos los países y de la etnografía de los pueblos extraños a Europa”. La asociación creada entre arte antiguo y etnografía

extra-europea resulta a todas luces extraña, claramente forzada, sin duda incoherente. Pudiera ser que la exhibición etnográfica se sumara a la exhibición de arte retrospectivo porque el propósito de organizar una muestra más o menos autónoma de “etnografía de los pueblos extraños a Europa”, que quizás se planeara inicialmente, hubiera fracasado antes de echar a andar. Por otra parte, no menos extraño resulta que en la segunda exhibición que estudiaremos, la de ciencias antropológicas, se reserve una sección para la “etnografía de Europa”, cuando, de acuerdo con la “lógica” racial y colonial de la época, la adscripción debiera de haber sido la contraria; de hecho, son precisamente las instituciones y los personajes responsables de la sección de ciencias antropológicas los únicos que en realidad pueden poner en marcha una exposición etnográfica, tanto europea como extra-europea. Al margen de esta última cuestión, también hemos de llamar la atención sobre el hecho de que la exhibición asuma la existencia de un “arte primitivo” prehistórico, lo que de algún modo abre el concepto de “arte” a épocas, contextos y gentes consideradas todavía por muchos como auténticos brutos sin apenas civilización. Pero claro, aunque fueran brutos, se trataba nada más y nada menos que de los antepasados, cercanos o lejanos, de los civilizados europeos contemporáneos, por lo que había que aceptar la existencia en ellos de algunas cualidades positivas. Por otro lado, esa asunción del “arte prehistórico” también puede deberse de forma exclusiva al propósito de determinados personajes e instituciones académicas tradicionales de no perder el control sobre el estudio y la manipulación del arte antiguo nacional, prehistórico o no, evitando así que cayera en manos de prehistoriadores o antropólogos, partidarios de metodologías analíticas mucho más avanzadas y “peligrosas”. De hecho, la organización de esta exhibición retrospectiva se deja en manos de un solo individuo, a diferencia de lo que ocurre con la compleja muestra de ciencias antropológicas, que como veremos se estructura en diversas secciones, cada una bajo la responsabilidad de un prestigioso antropólogo o prehistoriador. El responsable único de esta sección de arte antiguo es el historiador Adrien Prévost de Longpérier (1816-1882), especialista en arqueología clásica y numismática antigua, personaje e institución anclados en el más rancio anticuarismo y ajenos por completo al ámbito académico de la arqueología y la antropología prehistóricas.

Los países participantes en la exhibición de arte retrospectivo fueron –además de Francia– Suecia, Noruega³², España³³, Bélgica, China, Japón y Egipto, aunque también hubo exhibiciones de territorios de África, América y Oceanía. Extraña la ausencia de, entre otros países, Dinamarca, toda una “potencia” en materia arqueológica, aunque lo cierto es que los daneses sí participan en la exhibición de ciencias antropológicas. Suecia presenta materiales prehistóricos a través del Museo de Estocolmo y también consta la presencia de cinco grupos escultóricos que representan escenas de la vida cotidiana, alguna de ellas estrictamente doméstica y contemporánea, de distintas comunidades nórdicas, incluidos lapones. Es evidente que

³² Recordemos que desde 1814 hasta 1905 Noruega forma parte del reino de Suecia.

³³ La participación española fue muy digna. Fue organizada por Francisco María Tubino y articulada en buena medida gracias a la actividad de la Sociedad Antropológica Española.

estas escenas etnográficas se concilian bien poco con el programa oficial de la exhibición de arte retrospectivo que, en principio, no da cabida a la etnografía europea. Como hemos anotado, la presentación de maniqués de gentes europeas ataviadas con indumentaria tradicional ya se había visto con anterioridad. En concreto, parece que fue en la exposición parisina de 1867 donde se introdujo esta importante innovación, que se perfecciona y torna más compleja en otros espacios feriales posteriores, concretamente en Viena (1873) y Filadelfia (1876). Pero es precisamente en 1878 cuando este recurso de exhibición etnográfico-nacionalista alcanza un más que notable éxito de público, además de por los grupos etnográficos citados presentados por Suecia, por la “habitación viviente” danesa, aunque en realidad sólo estaba “habitada” por maniqués, cuyo interior podía ser recorrido por los visitantes³⁴.

En marcada oposición a la oferta prehistórico-etnográfica escandinava, la participación de Bélgica parece que se centra en la muestra de materiales estrictamente históricos de artes aplicadas y decorativas, de gran riqueza y calidad artística pero expuestos de forma un tanto caótica. China y Japón también despliegan en la exhibición ricas colecciones históricas, no arqueológicas, de piezas lacadas, marfiles, cerámicas, muebles, etc. Santos³⁵ asegura que en realidad estos objetos históricos se diferencian poco de los que esas mismas naciones exhiben en la sección industrial de la exposición, en el Campo de Marte, lo que sería una prueba del escaso “progreso” alcanzado por ambos países. Anota, no obstante, que en los productos contemporáneos de Japón se aprecian “algunos adelantos de cierto carácter”, lo que le hace concluir, no sin cierto éxito en la previsión, “que en el siglo venidero habrá aumentado notablemente la distancia que le separa [a Japón] del Imperio Celeste”. En todo caso, el éxito de los motivos decorativos y de las artes tradicionales niponas fue total, circunstancia que se incardina dentro de la famosa moda decimonónica del “japonismo”, que causa auténtico furor entre las clases más adineradas y que, como es bien conocido, influye de manera notable en las artes decorativas de Occidente y en no pocos artistas europeos y norteamericanos del momento³⁶, aunque esto no evita que se publiquen en la prensa textos de contenido u orientación claramente racista. Egipto, libre aún en 1878 del ya inmediato “protectorado” británico y con un gobierno semiautónomo del imperio otomano, organiza su exhibición en cuatro salas: “Egipto antiguo”, “Egipto de los califas”, “Egipto ecuatorial” y “Egipto moderno”. En opinión de Santos, la participación de Egipto en este certamen universal no es comparable a la planteada en la también exposición parisina de 1867,

³⁴ Soklund ha estudiado la importancia histórica de estos grupos escultóricos y “habitaciones” etnográficas, presentados en las primeras exposiciones universales, y su decidida influencia en la creación de los nuevos modelos de museos desarrollados inicialmente en los países nórdicos desde finales de la década de 1870 (STOKLUND, Bjarne: “The role of the International Exhibitions in the construction of national cultures in the 19th Century”, *Ethnologia Europaea*, 24 (1) (1994), pp. 35-44).

³⁵ Op. cit., p. 409.

³⁶ AIMONE y OLMO (*op. cit.*, pp. 217-226) comentan la importancia que tuvieron las exposiciones universales del XIX en la difusión y el conocimiento de la cultura japonesa en Occidente. Véase también LACAMBRE, Gevenière: “Japonisme”, en VV.AA., *op. cit.*, pp. 297-304. Igualmente tuvo gran éxito la exhibición de China.

en la que se reprodujeron de forma grandiosa templos faraónicos y “arábigos”, además de un gran caravasar³⁷. En 1878 se muestra una importante y rica selección de materiales históricos y arqueológicos, pero de forma menos impactante³⁸. También Camboya participa de forma “pasiva” en la exposición, en tanto que dependencia o protectorado francés. Lo que se exhibe es, como otros casos, el producto de la rapiña colonial, por mucho que pensemos que esa rapiña es un reflejo del “profundo interés” de Europa por los lejanos países de Extremo Oriente. En concreto, se muestran varios grupos escultóricos de enorme tamaño traídos desde Angkor por M. Delaporte³⁹, producto de una cultura y una tradición artística hasta entonces desconocidas en Europa. Pese a todo, las crónicas de la época destacan su interés etnográfico, no precisamente el artístico.

Veamos ahora como resuelve Francia, la nación organizadora, la exhibición de su *grandeur* histórico-artístico-arqueológica en esta sección de arte antiguo. Para empezar, el estado francés se reserva nada menos que quince salones del Palacio del Trocadero, lo que le permite ofrecer a la vista del público numerosas colecciones museográficas y, finalmente, una cantidad enorme de objetos. Su procedencia debió de ser variada, aunque una gran parte llega del Museo del Louvre. Si leemos los comentarios que sobre esta participación gala hace el comisario español delegado en el certamen universal, J. E. de Santos⁴⁰, observamos varias cuestiones de interés. En primer lugar, y aunque el autor ni siquiera hace una somera descripción de los materiales franceses, destaca su excesivo número y desordenada presentación. Esta inicial observación, en principio de estricto carácter técnico, no es en realidad sino una de las bases sobre las que articula el comisario español todo un alegato nacionalista, cargado de retórica, en contra del chauvinismo francés o, simplemente, de Francia y de los franceses. Reconoce el inmenso trabajo de recolección de materiales —y se refiere aquí de modo implícito a la práctica de la arqueología prehistórica— llevado a cabo por los investigadores galos, y asume que con ello

Francia ha querido conocer las ideas, formas y esencias de la vida moral y material de las sociedades que precedieron a la nuestra, y ha llegado su afán investigador, más quizás que el de ningún otro país, hasta querer penetrar los misterios de los oráculos y rebuscar el interior de los dólmenes, túmulos y sepulturas.

Pero, al mismo tiempo, asegura con ironía y mal disimulado desprecio nacionalista que en ese afán “duélese quizá [Francia] de no tener en sus colecciones los cabellos de Eva, las raíces del árbol prohibido o la quijada del onagro de Caín”. Según Santos, lo que en realidad pretenden los franceses es

³⁷ La importancia y la intensidad de la presencia de Egipto en la exposición de 1867 se vincula directamente con la muestra en aquel año de los ya muy avanzados trabajos del Canal de Suez.

³⁸ También se presentaron objetos y materiales procedentes de muy variados lugares de África, América, Asia y Oceanía, pertenecientes a colecciones privadas, la mayoría europeas. Ningún valor tuvo esta muestra desde una perspectiva científica; su despliegue fue el apartado más confuso y caótico de toda la sección.

³⁹ PRADEL-DE GRANDRY, Marie-Noëlle: “Découverte des civilisations dans l’espace et dans le temps”, en VV.AA., *op. cit.*, pp. 289-296.

⁴⁰ *Op. cit.*, pp. 411-418, para las cuatro citas incluidas en el párrafo de referencia.

estudiando lo pasado, mejorar su porvenir, para llegar a la gran afirmación que le ha vaticinado uno de sus bardos embriagado en medio de sus poéticos delirios. Ellos quieren que el venidero siglo corone a París como si fuese la cabeza del mundo, como la reina de la universalidad; porque para entonces Francia espera saberlo y tenerlo todo.

En realidad, la profecía casi estaba cumplida y París era y continuaría siendo durante algunas décadas el verdadero ombligo del mundo. Y éste es el problema, ésta es la dificultad que se le plantea al comisario español para valorar con ecuanimidad la exhibición de arte retrospectivo francés: la recuperación y exaltación del pasado francés, de un pasado supuestamente nacional y pretendidamente unitario desde, al menos, la época de los galos, se enfrenta y se impone con insultante poderío sobre el pasado ibérico, o celtibérico, un pasado que aún los contemporáneos de Santos, los investigadores particulares y las instituciones públicas, no han sabido, no han querido o no han podido “recuperar” y manipular aún de forma adecuada. Pero a pesar de sus muy condicionadas observaciones sobre la sección francesa, el comisario español no deja de tener buena parte de razón cuando afirma que si en Francia y en todos los países “es grande [el] afán de inquirir, de investigar y de acopiar”, lo cierto es que “todavía se explican pocas cosas [...] todavía faltan las anotaciones y los orígenes cronológicos, lugares de aplicación de los objetos, sin lo cual no cabe comprobación, comparación ni análisis”.

6. La exposición antropológica⁴¹

Pasemos ahora a la denominada oficialmente “exposición internacional de ciencias antropológicas”, la primera que sobre esta temática se hubiera organizado nunca, como recuerdan con delectación todos los comentaristas de la época. Encargada su organización a la *Société d'Anthropologie* de París, el programa oficial que se redacta es mucho más extenso, detallado y coherente que el de la muestra de arte antiguo. Presidida por Armand de Quatrefages, la muestra se organiza en ocho secciones, cada una de ellas bajo la responsabilidad de un destacado especialista francés en la materia: sociedades de antropología (Paul Broca), enseñanza antropológica (Félix de Ranse), antropología y craneología (Paul Topinard), arqueología y antropología prehistóricas (Gabriel de Mortillet), etnografía de Europa (Julien Girard de Rialle), demografía y geografía médica (Alphonse Bertillon), lingüística (Abel Hovelacque) y bibliografía (A. Dureau). Además, entre los miembros de la comisión organizadora se encuentra el prehistoriador Émile Cartailhac. Como se puede comprobar, los responsables de cada sección no sólo son verdaderos profesionales académicos de cada una de las disciplinas reseñadas, sino figuras de primerísima fila a escala mundial. La distancia que separa este inicial programa de la exhibición y el prestigio de sus responsables de lo que ofrece la sección de arte antiguo es sencillamente abismal. Únicamente llama la atención la ya comentada ausen-

⁴¹ De forma paralela a la exposición antropológica se organizan sendos congresos de ciencias antropológicas y de ciencias etnográficas. Las actas de primero se publicaron en 1881, las del segundo en 1878.

cia de la etnografía no europea, que vimos había sido incluida de forma un tanto incongruente en la muestra de arte antiguo.

La mera relación de las secciones y de sus responsables delata la orientación médico-naturalista que está presente tanto en el proyecto exhibidor como en el diseño científico general del entramado de ciencias antropológicas que se articula en Francia durante ese último tercio del siglo XIX, muy especialmente de la que se considera su rama o quizás su eje central, la que proyecta y articula el estudio biológico del hombre contemporáneo, con las figuras de Quatrefages, Broca y Topinard a su frente. Éste es el enfoque que guía el contenido de las tres primeras secciones, que presentan tanto la proyección social y académico-docente de los estudios antropológicos como los contenidos básicos de los dos pilares sobre los que se asienta la antropología biológica decimonónica: la anatomía comparada y la craneología. Este primer bloque expositivo constituye lo que podríamos considerar como la vertiente contemporáneo-comparativa de los estudios antropológicos. El segundo se sostiene sobre la arqueología y la antropología prehistóricas, esto es, sobre los estudios prehistóricos y paleoantropológicos. Aunque el programa oficial extiende los contenidos de esta sección desde los “tiempos terciarios” hasta la “invasión de los sarracenos”, los intereses de su responsable, Mortillet, se orientan decididamente hacia la arqueología prehistórica y lo hacen erigiéndose sobre una consistente base tipológico-naturalista.

Los dos elementos estructurales básicos de la exhibición que hemos mencionado —la antropología física, de un lado, y la arqueología y la antropología prehistóricas, de otro— se arrojan en el programa oficial con las aportaciones de sendas disciplinas auxiliares: la demografía, la geografía médica —tipo de estudios muy extendido durante el último tercio del XIX y el primero del XX, que da lugar a la publicación de innumerables geografías o “topografías médicas”— y la lingüística. En todo caso, las tres tienen un carácter subordinado, muy condicionado además por la orientación eminentemente naturalista de las ciencias antropológicas a las que deben ofrecer su colaboración.

Por último, el programa oficial se completa, además de con la sección bibliográfica, con la de etnografía europea. Hemos anotado que la inclusión de esta etnografía “doméstica” tiene algo de singular y que quizás hubiera sido conveniente dar entrada también a la etnografía exótica y colonial, a la extra-europea, en definitiva, que extrañamente estuvo presente en la exhibición de arte antiguo⁴². Sin embargo, quizás podamos comprender mejor la opción elegida por los organizadores si reflexionamos sobre cuál es en realidad el objeto de estudio de las ciencias antropológicas y más específicamente aún el de la arqueología y la antropología prehistóricas durante aquellos años. En efecto, aunque ya desde mediados del XIX se recurre de

⁴² En la práctica, casi todas las naciones participantes introducen secciones de etnografía extra-europea en esta exhibición antropológica. Buena parte de las colecciones etnográficas presentes en la exposición universal, tanto europeas como extra-europeas, fueron la base para la creación del Museo de Etnografía del Trocadero, que tuvo su sede en el palacio homónimo hasta su demolición en 1937. N. Dias estudia con detalle dicho museo, aunque no explica con claridad el mecanismo que hizo posible vincular las divergentes aportaciones hechas por las exhibiciones de arte retrospectivo y antropología (véase DIAS, Nélia: *Le Musée d'ethnographie du Trocadero (1878-1908). Anthropologie et Muséologie en France*, París, Éditions du CNRS, 1991).

forma reiterada a la información que suministran los estudios de etnografía extra-europea —esto es, los que describen a los “salvajes contemporáneos”— para intentar ofrecer alguna luz sobre el pasado de la humanidad, lo cierto es que ese pasado que se pretende conocer no es en realidad el de “la Humanidad” en su sentido más genérico, sino el de los antepasados más o menos remotos de quienes se consideran los artífices y sostenedores de la “civilización”, de los europeos, en definitiva. Son ellos, somos nosotros, los europeos y los descendientes de los europeos, los únicos (o casi) que poseen historia (y prehistoria), aunque no se olvidan, claro está, de las antiguas civilizaciones del Oriente Próximo. No debe extrañar, por tanto, que los organizadores reserven en el programa una parcela para la etnografía europea, ya que sus contenidos se orientan en realidad hacia la presentación de una especie de arqueología contemporánea de los europeos, esto es, de aquellos que son en realidad el objeto de estudio central de la antropología biológica y la arqueología y antropología prehistóricas. Y esto es así porque la etnografía proyectada en el certamen deja completamente de lado las principales aportaciones de la ya entonces consolidada disciplina del folklore —y nos referimos muy especialmente a los estudios sobre la tradición oral—, asumiendo una perspectiva arqueologizante del conocimiento etnográfico, que opta casi de forma exclusiva por la presentación de algunos elementos de la cultural material de lo que podríamos considerar las clases populares, esencialmente las del mundo rural. Da la impresión de que el objetivo es mostrar objetos, artefactos y determinadas prácticas —como escenas de caza o pesca— que de un modo u otro conectan con las cuestiones que estudian los arqueólogos en sus ensayos de reconstrucción de su —de nuestro— propio pasado.

Decíamos líneas atrás que el ambiente social e intelectual que se respira en Europa en 1878 es especialmente propicio para la presentación pública de la arqueología, la etnografía y la antropología, esta última tanto en su vertiente prehistórica como contemporánea. Una buena forma de confirmar la veracidad de esta afirmación es acercarnos a las páginas que dedica el ya citado J. E. de Santos, comisario delegado de España en la exposición, al comentario de la exhibición antropológica. Su descripción de lo que bien podríamos calificar como de eufórico contexto científico que se vive no tiene desperdicio:

Con frenética actividad y con incansable afán los antropólogos han dividido sus trabajos para llegar a hacinar, clasificar, entresacar, comprobar y deducir los infinitos pormenores que han de formar el conocimiento de todo cuanto al hombre se refiera. Se han formado grupos especiales para estudiar razas, cuerpos, caracteres y facultades aisladas y relacionadas entre sí y con el territorio, la flora, la fauna, la industria, el arte y el trabajo: por todos lados se ven enseñanzas de etnología y antropología, anatomía, biología y patología, y estudios antropométricos, homotípicos, craneológicos, paleontológicos, demográficos, y datos sobre necrópolis, indumentaria, emigraciones, movimientos y otras mil y mil ramas, especies y secciones que diariamente sobresalen e irradian para ampliar la investigación⁴³.

⁴³ SANTOS, *op. cit.*, pp. 431-432.

Aunque hace gala de no poca retórica y de cierta grandilocuencia, sus más o menos atinadas observaciones acerca de los objetivos que se proponen alcanzar los antropólogos con sus investigaciones son una buena prueba de la “popularidad” que han alcanzado las disciplinas antropológicas y los debates sobre el “origen del hombre”. La aparente “normalidad” con la que se refiere a cuestiones no sólo complejas y poco conocidas sino profundamente trascendentales, también en el plano espiritual, demuestran que entonces, a finales de los 70, se puede hablar con cierta naturalidad sobre cuestiones que sólo un par de décadas antes eran poco menos que inimaginables y que un par de décadas más tarde, cuando ya casi habían quedado científicamente demostradas, vuelven a ser consideradas tabúes o, peor aún, auténticos anatemas. Así, después de citar a varios naturalistas, afirma que éstos desarrollan

sus trabajos en demanda de averiguación de muchas cosas, hasta hoy ignoradas, empezando por querer saber la realidad de las causas que han concurrido y concurren para la formación de la mejor obra de la divinidad, según unos, o para la descendencia simia según, otros, que tales cosas y otras más se han escrito, se escriben y se discuten cada día con más afán⁴⁴;

y, sin alterarse lo más mínimo, anota que para algunos antropólogos “las diferencias entre el orangután y el gorila, con el hombre, son menores que las que existen entre las diferentes especies de monos”⁴⁵. Incluso se refiere de Santos a las aportaciones más marcadamente materialistas de algunos antropólogos alemanes, cuando anota que “hay quien asegura que la base de la creación del hombre primordial son las células y las amibas [sic] que produjeron los protozoos”⁴⁶.

Este extraordinario ambiente se materializa en el desarrollo de una actividad incesante e incansable, en la que la competencia resulta, ciertamente, un elemento clave, aunque en estos “tiempos modernos” la cooperación y la rápida comunicación e integración de los conocimientos y nuevos hallazgos es quizás el rasgo más destacado del progreso científico, que deja de ser asunto de sabios ermitaños para convertirse en un proyecto vital compartido por los “hombres del Norte”, en palabras de Santos, esto es, por las élites científicas del hemisferio norte occidental. Y es precisamente el intenso movimiento científico asociativo que entonces se vive, y que es previo a la propia institucionalización académica de la antropología física en general y de la prehistórica en particular, uno de los elementos que ayuda a comprender la enorme distancia que separa ya durante aquellos a la arqueología historicista de las modernas arqueología y antropología prehistóricas; al mismo tiempo, es uno de los principales factores que hace posible la propia celebración, e incluso el éxito, de la exhibición de ciencias antropológicas en 1878. En efecto, a diferencia de lo que ocurre en la sección de arte retrospectivo, en la de antropología la participación nacional francesa y la internacional se articulan en torno a la presencia de instituciones científicas —públicas y privadas— de un buen número de países

⁴⁴ SANTOS, *op. cit.*, p. 426.

⁴⁵ SANTOS, *op. cit.*, p. 428.

⁴⁶ SANTOS, *op. cit.*, p. 440.

Europeos y de los Estados Unidos. La diversidad de entidades participantes — museos antropológicos, arqueológicos y etnográficos, Facultades de Medicina, museos de historia natural, institutos y sociedades de antropología, de geología, etc. — delata, como ya adelantáramos, el carácter abierto y no especializado de la arqueología y la antropología prehistóricas de finales del XIX, en la que ocupan un lugar privilegiado los antropólogos físicos y sus instituciones, es decir, los investigadores vinculados con la historia natural, seguidos a cierta distancia por los provenientes de la medicina, la geología y, en menor medida, la etnografía. Finalmente, es evidente que estamos ante una ofensiva en toda regla de la antropología y la arqueología evolucionistas frente al inmovilismo de la arqueología historicistas y, más aún, frente a todos aquellos que tratan de mantener viva la interpretación bíblica sobre los orígenes del hombre y de la propia historia del mundo.

Según Santos, la materialización expositiva de la exhibición resultó algo caótica, aunque ciertamente fue todo un “espectáculo, ante millares de esqueletos, momias, cráneos y huesos sueltos, esculturas, pinturas y fotografías, todas relacionadas en todo o en parte con el hombre”. Pero, “como las exposiciones eran colectivas, había poca regularidad en la Exposición: se conocía que era el primer acto de esta especie que celebraban. El tiempo y la práctica lo arreglarán todo”⁴⁷. Y continúa:

Queríamos buscar analogías, semejanzas e igualdades entre los tipos, las épocas, las herramientas y las costumbres, y no era posible hallarlo allí. Naciones había en cuya instalación se notaba más la influencia del artista que la del sabio.

[...] Los huesos y objetos que allí vimos eran un idioma universal; los antropólogos de todos los países parecían entenderlos, descifrarlos y traducirlos [...]; pero ello es que cuando preguntábamos algo para ilustrar nuestra inteligencia, se nos respondía aplazando la respuesta. [...] El misterio [sobre el origen del hombre] subsiste y no se olviden los antropólogos que combaten los misterios de nuestra augusta religión, que no deben ellos incurrir en lo que censuran, porque si no dan pronto solución, o mejor dicho, si no esclarecen esas tinieblas, la generación presente, que no quiere misterios, protestará⁴⁸.

En cierta medida, de Santos tuvo razón: pese a los enormes avances que la arqueología prehistórica y la antropología evolucionistas habían deparado a la ciencia, sus errores y limitaciones, unidas también a la furibunda oposición ideológica generada, acabaron conduciendo a ambas a un oscuro sótano del que tardarían décadas en liberarse.

Recibido: 10 de enero de 2006

Aceptado: 5 de mayo de 2006

⁴⁷ SANTOS, *op. cit.*, p. 440.

⁴⁸ SANTOS, *op. cit.*, p. 440-442.